

Cuando entré en el comedor de casa todos se quedaron mirándome con cara de gusto y los dos tíos me besaron y me acariciaron el pelo. Sobre la mesa camilla de las faldas verdes había bandejas con pastas, merengues, caramelos y botellas de vino, y como la mesa estaba al lado del balcón, entraba mucho sol que daba sobre las copas, sobre las botellas y sobre los caramelos rojos, verdes, amarillos y blancos... Todo brillaba mucho. A mi hermanillo, que estaba sentado sobre las rodillas de papá, muy pegado al balcón, también le daba el sol en su melenaza rubia y por eso guiñaba sus ojos azules tan grandes. Y sobre la bandeja, que parecía un hornillo encendido con tanto brillo, revoloteaban nuestras manos al tomar pastas, merengues y copas.

El tío gordo de Las Labores reía mucho y hablaba de norias, de huertas y de su hijo Jerónimo, y el tío de América, riendo menos, hablaba de coches, de máquinas y de nombres raros que sonaban bien y tenían algo de otro mundo más bonito. Luego, el de América, sacó un paquete de muchos colorines con cigarros de tabaco amarillo y con escudos dorados, que todos miramos con mucho respeto. Y cuando papá y el de Las Labores comenzaron a fumar aquellos cigarrillos, muy atentos al gusto del humo, empezó el aire a oler muy bien, como huelen esas casas elegantes a las que da vergüenza entrar. Entonces se pusieron a hablar de tabacos, sobre todo de uno que se llama «Vuelta abajo». Y yo me daba en pensar en qué se diferenciaría el tabaco vuelto hacia abajo del vuelto hacia arriba.

A todo esto, mi hermanillo no quitaba los ojos de la bandeja, y cuando los mayores parecían distraídos, después de espiar miedoso con sus ojos azules, tomaba un merengue y se lo comía deprisa, como si se lo fuesen a quitar. Y le quedaban boceras y pegotes en la nariz, que luego se lamía. Y si alguna vez le sorprendían y le decían que no, con los ojos llenos de lágrimas decía:

—«Name... name».

Mamá sólo tomaba pastas, pues los merengues le daban vergüenza, por si le dejaban boceras como a mi hermanillo.

Luego, el tío de América, sacó las fotografías de su mujer y de sus hijos, y dijo que uno se le había muerto del mal de «Pó» (que es un río de Italia y que yo no sabía que fuese tan malo). Después sacó un mechero, y una pluma y un reloj y luego enseñó la corbata que se sacó del chaleco... y todo aquello costaba pesos, que no son pesetas, sino mayores.

Por fin dijeron que se marchaban, que tenían que ir a Socuéllamos a ver a otros tíos. Papá les rogó que tomasen más de la bandeja, pero dijeron que no y se fueron.

Cuando volvimos de despedirles desde la puerta de la calle, mamá, mirando a la bandeja, dijo que no habían tomado casi nada, por lo que mi hermanillo preguntó:

—Porqué son tontos ¿eh, papá?

... Y ya no era hora de volver a la escuela.